

# NEW LEFT REVIEW 101

SEGUNDA ÉPOCA

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 2016

## ARTÍCULOS

KEVAN HARRIS	Remodelar Oriente Próximo	7
ERIC HOBSBAWN	Pierre Bourdieu	41
WANDA VRASTI	Trabajar en Prenzlau	53
LITERARY LAB	Cartografiar las emociones londinenses	69
ALEXANDRA REZA	La nueva escoba de Burkina Faso	99
WILLIAM DAVIES	Neoliberalismo 3.0	129

## CRÍTICA

DANIEL FINN	Guía para el desafío	145
DYLAN RILEY	La política como teatro	158

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

**ts**  
**td** traficantes de sueños

SUSCRÍBETE

## CONSTRUCCIÓN Y DECONSTRUCCIÓN DEL GRAN ORIENTE PRÓXIMO

**E**N 1840 UNA coalición de potencias europeas decidió abordar un alarmante problema al sur del continente<sup>1</sup>. El gobernador del Egipto otomano, Mehmed Ali –nacido en Albania– había pasado las dos décadas anteriores adquiriendo una enorme capacidad industrial y militar en los territorios que tenía asignados. Veterano de las guerras napoleónicas, de la sublevación wahabí y la rebelión griega, aparentemente administraba Egipto como una provincia de la Sublime Puerta, pero en realidad estaba forjando una Prusia mediterránea. Las tropas de Ali marcharon sobre Palestina, Siria y Grecia, reclamando territorio y estacionando fuerzas en esos países sin que el sultán otomano pudiera hacer algo para evitarlo. Finalmente, navíos británicos y austriacos cortaron las vías de abastecimiento egipcias y entraron en aguas de Alejandría. Ali se vio obligado a firmar una serie de capitulaciones, que abrieron los mercados egipcios y desmantelaron su base industrial y su capacidad militar. Durante el siglo siguiente el desarrollo económico del país sufrió una rápida caída y Egipto se convirtió en un exportador de materias primas y un importador de manufacturas europeas<sup>2</sup>. En el norte de África habría que esperar hasta el gobierno de Gamal Abdel Nasser para que se produjeran de nuevo semejantes intentos de intervención del Estado que, una vez más, se encontrarían con una intervención militar extranjera. Actualmente, y no por casualidad, Egipto está por detrás de otros países de renta media en cuanto a capacidad industrial mientras es el mayor importador mundial de trigo.

---

<sup>1</sup> Agradezco a James Gelvin y a Kevin Mazur sus comentarios sobre una versión anterior de este artículo.

<sup>2</sup> Ian Lustick, «The Absence of Middle Eastern Great Powers: “Political Backwardness” in Historical Perspective», *International Organization*, vol. 51, núm. 4, octubre de 1997.

En medio de estos esfuerzos de renovación geopolítica del siglo XIX, los intelectuales egipcios intentaban realizar una síntesis del pensamiento político islámico y de la economía política europea. Escribiendo en 1869, Rifa'a al-Tahtawi esperaba que el desarrollo de la clase obrera en Egipto y en otros Estados musulmanes pudiera acelerar el «avance de las sociedades»<sup>3</sup>. Poco después aparecieron las obras de Qasim Amin, *The Liberation of Women* y *The New Woman*. Aunque los actores han cambiado desde que Tahtawi y Amin analizaran la relación entre nuevas formaciones sociales y la construcción del Estado, los debates sobre las perspectivas de un orden regional, la cohesión popular y el rejuvenecimiento político permanecen esencialmente sin cambios. Para trazar el contexto histórico, este artículo analiza la construcción y deconstrucción de pactos sociales y formaciones estatales de Oriente Próximo y el Norte de África, en medio de cambiantes condiciones político-económicas, a lo largo de cinco amplios periodos cronológicos: la fase final de los imperios otomano y persa, el intervalo colonial, la era de la independencia política, los años de la *infitah* (apertura económica) y la actual efervescencia de la conflictividad y la militarización. A pesar de la falta de unas definiciones conceptuales o geográficas establecidas para la región, se pueden percibir ciertos patrones comunes.

## I. IMPERIOS DESECHOS

Pocas zonas del mundo han estado divididas durante tanto tiempo por una oposición, real o imaginaria, como Europa y Oriente Próximo. Más recientemente, el giro institucional en la teoría económica ha producido intentos de explicar de nuevo la divergencia de sus trayectorias socio-económicas. Estas explicaciones se centran en la persistencia en la *longue durée* de instituciones «malas» en diversas áreas de Oriente Próximo y el Norte de África: falta de primogenitura, por ejemplo, o el dominio de dirigentes del Estado sobre las elites locales<sup>4</sup>. Sin embargo los autores

---

<sup>3</sup> «Incluso aunque la gente ordinaria se incline por naturaleza hacia la indolencia y la lasitud, las condiciones de los tiempos actuales pueden imponerles la actividad del trabajo hasta que se vuelva algo natural. La consecuencia de este desarrollo sería el avance de las sociedades a través de la eficacia del mismo, que beneficiará a todas las comunidades y Estados. Esta perspectiva es especialmente brillante para esos Estados que anteriormente alcanzaron un gran desarrollo, como Egipto, que se anticipó a todos los pueblos con sus maravillosos monumentos, así como para el resto de los Estados musulmanes donde anteriormente florecieron las diversas formas del conocimiento humano, los beneficios sociales y el progreso de la civilización», traducido en Juan Cole, «Al-Tahtawi on Poverty and Welfare» en Michael David Bonner *et al.*, *Poverty and Charity in Middle Eastern Contexts*, Albany (NY), 2003, p. 225.

<sup>4</sup> Timur Kuran, *The Long Divergence: How Islamic Law Held Back the Middle East*, Princeton (NJ), 2011; Lisa Blaydes y Eric Chaney, «The Feudal Revolution and

que han estudiado la historia económica de la región replican que, en realidad, la norma era el pluralismo institucional, no la uniformidad. Los modelos de propiedad de la tierra abarcaban pequeñas parcelas de campesinos, la agricultura tributaria de los notables y las fincas imperialmente administradas. El comercio y el crédito tendían a fluir a través y entre los escenarios urbanos, superando o circunvalando imposiciones religiosas contra la usura mediante flexibles interpretaciones de las escrituras; el papel de la mujer y de las minorías religiosas como comerciantes no eran insignificantes. Las confederaciones de tribus nómadas se extendían por grandes extensiones de la región coexistiendo dentro y alrededor de imperios agrícolas y de sus metrópolis urbanas. En comparación con los siglos anteriores, los «imperios de la pólvora» de comienzos del periodo moderno –como Marshall Hodgson denominó a los otomanos y safávidas– tuvieron más éxito en la centralización de un aparato de gobierno y en la penetración del mercado sobre grandes territorios. Mucho antes de la llegada del colonialismo occidental, las fronteras internas y externas marcadas por estos y posteriores beligerantes imperios, pusieron los fundamentos para la construcción del Estado del siglo xx en la región de Oriente Próximo y el Norte de África.

Como en otros lugares, la autoridad interna de estos imperios se ejercía de manera irregular. A finales del siglo xviii, mercaderes, gremios de artesanos y fundaciones religiosas tendían a administrar la mayor parte de la ayuda y protección social en las zonas imperiales urbanas. Las donaciones caritativas eran un mandamiento islámico. Hodgson señalaba que a través de la agrupación de donaciones y activos bajo fundaciones religiosas «se proporcionaban diversos productos esenciales e incluso servicios sobre una base privada pero fiable, sin necesidad o miedo a la intervención del poder político»<sup>5</sup>. Sin embargo, los pocos estudios que existen muestran que la desigualdad era bastante elevada en los imperios del oeste de Asia. El índice de Gini durante el siglo xviii para muestras recogidas en El Cairo y Damasco, oscilaba alrededor del 0,75 por 100, mientras que en zonas del norte de Anatolia se situaba en el 0,60 por 100<sup>6</sup>.

---

Europe's Rise: Political Divergence of the Christian West and the Muslim World before 1500 CE», *American Political Science Review*, vol. 107, núm. 1, febrero de 2013.

<sup>5</sup> Marshall Hodgson, *The Venture of Islam*, vol. 2, Chicago, 1974, p. 124.

<sup>6</sup> El índice más elevado era similar a la desigualdad de ingresos observada en Inglaterra en el siglo xviii, mientras que el índice menor estaba cerca del de Nueva Inglaterra. Véase Colette Establet, Jean-Paul Pascual y André Raymond, «La mesure de l'inégalité dans la société ottomane: utilisation de l'indice de Gini pour Le Caire et Damas vers 1700», *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, vol. 37,

El aumento de la actividad comercial con la economía-mundo capitalista y la penetración de comerciantes y militares europeos no tuvieron efecto único y generalizado sobre las estructuras sociales de la región. La variedad de modelos de tenencia de la tierra, de relaciones entre el Estado y los comerciantes y las políticas de los gremios artesanales diferían ampliamente, en función de las relaciones existentes entre las elites locales y los centros imperiales. Lejos de ser el perfecto ejemplo del «despotismo asiático», la capacidad otomana de regulación estatal era de hecho limitada y había alcanzado su cúspide en el siglo XVI. Los ingresos procedentes de la agricultura tributaria acababan en manos de los notables locales mientras se ignoraban los ruegos de los comerciantes en contra de la competencia exterior del comercio europeo<sup>7</sup>. La recentralización de la burocracia otomana durante las reformas del siglo XIX llevaron al Estado de vuelta a la regulación social y a la formación de clases, especialmente en el Egipto de Mehmed Ali y en las provincias otomanas más ricas. Tomó forma una organización mixta de la asistencia del Estado, vinculada a la escalada militar y al control policial en los centros urbanos<sup>8</sup>. El imperio persa bajo la dinastía Qajar tuvo menos éxito en cuanto a la centralización fiscal-militar, como se puso de relieve con la serie de hambrunas registradas durante las décadas de 1860 y 1870. Durante estas catástrofes se promulgó un edicto imperial prohibiendo la exportación de cereales, pero resultó imposible de aplicar. La mayor parte de la ayuda contra el hambre vino de misioneros europeos, no del gobierno imperial de Teherán, y estuvo dirigida hacia minorías religiosas<sup>9</sup>.

Habida cuenta de la irregularidad de la penetración del Estado, combinada con las privaciones sociales, no sorprende que estallaran los disturbios. El siglo XIX asistió a una oleada de levantamientos en las periferias imperiales de Oriente Próximo y el Norte de África dirigidas por hombres a quienes Eric Hobsbawm hubiera reconocido instantáneamente como rebeldes primitivos: el Mahdi sudanés, el imán Shamil en Daguestán, el Báb en Shiraz (precursor del bahismo), Usman dan Fodio en Sokoto (entre el lago Chad y el río Níger), o Mohammad Abdullah

---

núm. 2, 1994; Boğaç Ergene y Ali Berker, «Wealth and Inequality in 18th-Century Kastamonu: Estimations for the Muslim Majority», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 40, núm. 1, octubre de 2008.

<sup>7</sup> Roger Owen, *The Middle East in the World Economy, 1800-1914*, Londres y Nueva York, 1981; Şevket Pamuk, «Political Power and Institutional Change: Lessons from the Middle East», *Economic History of Developing Regions*, vol. 27, supl. 1, 2012.

<sup>8</sup> Mine Ener, «The Charity of the Khedive», en M. D. Bonner *et al.*, *Poverty and Charity in Middle Eastern Contexts*, cit.

<sup>9</sup> Xavier de Planhol, «Famines», *Encyclopedia Iranica*, edición online, 2012, disponible en [www.iranicaonline.org/articles/famines](http://www.iranicaonline.org/articles/famines).

Hassan (el «Mad Mullah» original) en Somalia. Se trataba generalmente de movimientos milenaristas que formulaban visiones radicales del mundo y apelaban a la justicia social bajo el manto de la tradición islámica. Al margen de que desaparecieran rápidamente o que tuvieran éxito para convertirse en protoestados, su presencia fue a menudo un pretexto para la intervención de los ejércitos coloniales occidentales.

La incapacidad de los imperios de Oriente Próximo y el Norte de África para afrontar desafíos internos y externos impulsó a los intelectuales urbanos a pedir que el Estado tomara medidas sociales y políticas más radicales. Junto a otros imperios agrarios como Rusia, India y China, los imperios persa y otomano sufrieron revueltas antiimperialistas en sus centros urbanos a principio del siglo xx<sup>10</sup>. Las dinámicas fueron similares: unas elites intentando redirigir los recursos imperiales que quedaban hacia la modernización militar, la movilización popular y la construcción del mito nacionalista, a menudo combinado con un determinado grado de emancipación al menos para las mujeres que formaban parte de la elite<sup>11</sup>. No es una coincidencia que el primer intento que tuvo éxito, el kemalismo, se produjera en el corazón del escenario imperial del oeste de Asia. Los acuerdos sociales de mediados del siglo xx en Oriente Próximo y el Norte de África estuvieron muy influidos por su ejemplo.

## 2. EL INTERVALO COLONIAL

La actividad y el perfil del poder europeo en esta región eran diferentes según la zona. Los británicos echaron de Egipto al ejército de Napoleón, pero tras la restauración borbónica Francia entró en la Argelia otomana en la década de 1830 e integró por la fuerza el territorio dentro del Estado francés. A diferencia del África subsahariana, las rivalidades interimperialistas ralentizaron la usurpación formal del poder en gran parte de la región. Los británicos consideraban que un Imperio otomano contenido era un útil baluarte contra la expansión rusa. Túnez no cayó ante las cañoneras francesas hasta la década de 1880; el sultanato de Marruecos, que siempre había mantenido su independencia frente a los otomanos, quedó dividido en dos protectorados francés y español en la década de 1910. La prioridad de la política imperial británica en la región de Oriente

<sup>10</sup> Cemil Aydin, *The Politics of Anti-Westernism in Asia: Visions of World Order in Pan-Islamic and Pan-Asian Thought*, Nueva York, 2007.

<sup>11</sup> Nader Sohrabi, *Revolution and Constitutionalism in the Ottoman Empire and Iran*, Cambridge, 2011.

Próximo y el Norte de África era el control geopolítico sobre las rutas comerciales hacia el sur y este de Asia. En gran parte por esta razón, el imperio persa nunca perdió la independencia formal, aunque durante el siglo XIX perdiera lentamente territorio frente a las incursiones rusas y británicas<sup>12</sup>. De hecho, después de dos siglos de imperialismo europeo en la región, solamente había una colonia establecida, el puerto de Adén en la costa de Yemen, gobernado como parte de la India británica.

El capital europeo se movía con más soltura. A mediados del siglo XIX, los bancos franceses y británicos financiaron las reformas del Estado otomano, lo que les situó en una firme posición para adquirir activos y tierra cuando los otomanos incurrieron en impagos. Finalmente un consorcio europeo se hizo cargo de las finanzas otomanas en un acuerdo lógicamente favorable a los acreedores<sup>13</sup>. La cuestión de los atrasos en la devolución de la deuda favoreció las maquinaciones británicas para controlar el Canal de Suez e indirectamente el gobierno de Egipto y Sudán. Igual que Irán, la región del Magreb desde Marruecos a Egipto fue asolada por el hambre en la década de 1870<sup>14</sup>. Un importante culpable fue el cambio hacia el monocultivo agrícola –normalmente exportaciones de trigo y algodón–, que se vio enfrentado a la competencia estadounidense y al debilitamiento de los términos de intercambio durante la depresión global de finales del siglo XIX<sup>15</sup>. Sin embargo, incluso en medio de los reducidos esfuerzos imperiales británicos y franceses para promover la agricultura de plantación, durante gran parte del Imperio otomano existió una pequeña propiedad campesina hasta principios del siglo XX.

Un decisivo punto de análisis para la región de Oriente Próximo y el Norte de África es que la penetración del imperialismo europeo en las estructuras sociales y políticas fue extremadamente desigual. Lo mismo sucedía con el dominio otomano, por supuesto, y así algunos tramos de la costa libia se limitaban a puestos comerciales para evitar incursiones de los beduinos. Después de que el Imperio otomano se hiciera pedazos en la Primera Guerra Mundial, algunas zonas quedaron gobernadas directa o indirectamente por

---

<sup>12</sup> El tratado anglo-persa de 1812 estipulaba que Persia se opondría a cualquier ejército europeo que intentara invadir India a través de Asia central.

<sup>13</sup> Şükrü Hanioglu, *A Brief History of the Late Ottoman Empire*, Princeton, 2008, pp. 89-92.

<sup>14</sup> Mike Davis, *Late Victorian Holocausts: El Niño Famines and the Making of the Third World*, Nueva York y Londres, 2001, pp. 103-108.

<sup>15</sup> Faruk Tabak, «The Middle East in the Long Twentieth Century», en Jomo Kwame Sundaram, (ed.), *The Great Divergence: Hegemony, Uneven Development, and Global Inequality*, Nueva Delhi, 2006, pp. 146-147.

la administración colonial mientras que otras obtuvieron la independencia formal por medio de la rebelión. Aunque esté de moda decirlo, resulta hiperbólico creer que el orden colonial franco-británico *creó* el Oriente Próximo moderno; más bien, este orden articuló estructuras de gobierno a partir de una diversa zona imperial otomano-persa. Cuando esta zona colapsó a principios del siglo xx, los movimientos nacionalistas dirigidos por las elites pertenecientes tanto a grupos minoritarios como mayoritarios –griegos, serbios, armenios, kurdos, turcos, árabes, maronitas– maniobraron entre las ruinas<sup>16</sup>. Algunas de estas intelectualidades se convirtieron en gobernantes del Estado, otras formaron las diásporas transnacionales que actualmente residen en las metrópolis occidentales.

El periodo de entreguerras reunió de maneras contradictorias los desafíos de la imposición colonial externa y el rejuvenecimiento político interno. En los territorios sometidos a las administraciones británica y francesa, como Egipto o Siria, las elites nacionalistas se movilizaron tanto en el ámbito social como político. En zonas donde la cuestión colonial estaba mayormente zanjada, como Turquía o Irán, pronto aparecieron divisiones entre las elites nacionalistas y los movimientos de los trabajadores<sup>17</sup>. A diferencia de América Latina, donde los años de entreguerras proporcionaron un estímulo para la industrialización, en la región de Oriente Próximo y el Norte de África controlada por los europeos el énfasis se puso en regular el flujo seguro de bienes por la región, mientras los tempranos descubrimientos de petróleo en Juzestán, Bakú y Kirkuk se sumaron a esos imperativos. Pero aunque la prioridad geopolítica continuó siendo el control sobre el tránsito, las rivalidades intereuropeas permitieron la adquisición de bienes de capital en zonas comerciales. Finalmente, la producción industrial se reanudó a finales de la década de 1930, cuando asomaba otra guerra mundial, lo que produjo una creciente proletarización en los centros urbanos. Los capitalistas nacionales pudieron prosperar en los intersticios de los flujos de suministros que se multiplicaron durante la Segunda Guerra Mundial. La cadena logística aliada estaba dirigida por el Centro Angloamericano de Suministros de Oriente Próximo, que legitimaba un cierto tipo de keynesianismo imperialista en lugares como Egipto y Siria a través de la planificación económica y de programas de bienes públicos<sup>18</sup>.

---

<sup>16</sup>Michael Reynolds, *Shattering Empires: The Clash and Collapse of the Ottoman and Russian Empires 1908-18*, Cambridge, 2011; Andreas Wimmer, *Waves of War: Nationalism, State Formation, and Ethnic Exclusion in the Modern World*, Cambridge, 2012.

<sup>17</sup>Joel Beinin, *Workers and Peasants in the Modern Middle East*, Cambridge, 2001, pp. 77-80.

<sup>18</sup>Robert Vitalis y Steven Heydemann, «War, Keynesianism, and Colonialism: Explaining State-Market Relations in the Postwar Middle East», en S. Heydemann (ed.), *War, Institutions, and Social Change in the Middle East*, Berkeley (CA), 2000.

Paradójicamente, mientras que en los recién formados Estados-nación de Turquía e Irán había comenzado un proyecto bismarckiano de desarrollo impulsado por el Estado bajo el disfraz de un empuje antiimperialista por la independencia, en las zonas sometidas a la administración colonial se produjeron procesos similares. Sin embargo, a diferencia de los Estados independientes, las elites coloniales gastaban menos en bienestar y obras públicas, y los incipientes impulsos industriales permanecieron limitados a determinados enclaves.

El periodo que media entre la década de 1900 y la Segunda Guerra Mundial forjó otra de las grandes paradojas de la historia moderna de Oriente Próximo. En medio de crisis internas de autoridad, redes transnacionales de intelectuales –religiosos y seculares, liberales y comunistas– crearon un conjunto común de marcos para la construcción nacional, la forja de mitos y la ciudadanía poscolonial; el Japón industrial se tomaba ampliamente como ejemplo. Sin embargo, su eventual éxito en promover Estados-nación coherentes a partir de la arcilla imperial tendría como resultado la supresión de la memoria de sus propios papeles. La circulación de panfletos, obreros y revolucionarios a lo largo de las vías de comunicación que unían Estambul-Bakú-Tabriz o El Cairo-Damasco-Bagdad solamente era posible en el marco del cosmopolitismo típico de la época final del imperio. Estas energías, reforzadas por levantamientos armados y organizaciones de masas, llenaría el contenido del Estado-nación durante las décadas posteriores. Sin embargo, una vez que el trabajo real de construcción del Estado había comenzado, la teoría política no se trasladó fácilmente a la práctica. Si hay una lección común para los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África en los periodos de entreguerras y de posguerra es el fracaso del liberalismo elitista y el triunfo de la movilización popular con el objetivo de construir el Estado. Con mayor libertad de acción, la Turquía kemalista y el Irán de Pahlaví ya habían tomado ese camino durante la década de 1930. El partido Wafd en Egipto obtuvo apoyo popular cuando el país todavía era un protectorado británico, pero se centraba obstinadamente en la independencia a expensas de un programa radical de masas. En el periodo de entreguerras, los movimientos de izquierda europeos eran de poca ayuda; el gobierno del Frente Popular francés de 1936 se negó a conceder la independencia de Siria, Líbano o Argelia<sup>19</sup>. Sin embargo, una vez que la descolonización se puso en marcha, comenzó a fraguarse

---

<sup>19</sup> J. Beinín, *Workers and Peasants in the Modern Middle East*, cit., p. 115. Como señala Beinín, «la decepción con la política colonial del Frente Popular llevó a dos

un pacto social a escala de toda la región. Para delimitar sus contornos resulta útil una comparación con América Latina. Durante el ascenso de los Estados populistas de Brasil, Argentina y México en la década de 1930, los bienes públicos y la ciudadanía social se extendieron *de jure* a todos los ciudadanos. Las elites de América Latina elaboraron llamamientos nacionalistas a favor del mestizaje o de la democracia racial que intentaban revertir los crudos legados coloniales de clasificación etno-racial vigentes en torno a la esclavitud y la servidumbre indígena. Sin embargo, la distribución *de facto* de estos bienes públicos tendía a realizarse en base a preexistentes criterios jerárquicos de distinción social. El desigual acceso a la salud, a la educación y a las mejoras infraestructurales condujo a la notoria desigualdad que se ha observado durante gran parte del siglo xx en América Latina<sup>20</sup>. En Oriente Próximo y el Norte de África se produjo el fenómeno contrario, debido a la configuración en la posguerra de la formación del Estado a través del corporativismo.

### 3. EL ACUERDO CORPORATIVISTA DE POSGUERRA

Inicialmente bienvenida por los Estados recientemente independientes, la hegemonía de Estados Unidos en Oriente Próximo y el Norte de África tras la Segunda Guerra Mundial presentaba dos aspectos. Por un lado, la ausencia de intereses empresariales importantes por parte de Estados Unidos, si los comparamos con los que representaban los mercados de América Latina, significó que los políticos estadounidenses alentaron enormemente la sustitución de importaciones y contribuyeron al desarrollo dirigido por el Estado durante la década de 1950 y comienzos de la siguiente. Por el otro, la estrategia geopolítica de Estados Unidos de asegurar un acceso favorable a los recursos petroleros mediante alianzas informales puso las bases para una posterior militarización directa de zonas vitales de Oriente Próximo y el Norte de África. El contexto de la Guerra Fría y las divisiones que incorporaba ocultaron un enfoque ampliamente compartido sobre los acuerdos sociales en la era de la posguerra. Al margen del barniz ideológico, la tónica dominante era la planificación dirigida por el Estado en medio de la escasez de capital<sup>21</sup>.

---

graduados sirios de la Sorbona, Michel 'Aflaq y Salah al-Din al-Bitar, a formar los círculos de estudiantes que se convirtieron en el núcleo del Partido Baaz».

<sup>20</sup> Véase la reformulación metódica de James Mahoney, *Colonialism and Postcolonial Development: Spanish America in Comparative Perspective*, Cambridge, 2010.

<sup>21</sup> Cyrus Schayegh, «1958 Reconsidered: State Formation and the Cold War in the Early Postcolonial Arab Middle East», *International Journal of Middle East Studies*,

Este fue el contexto para los proyectos de nacionalización de Nasser en Egipto y de Mossadeq en Irán<sup>22</sup>. Se podían movilizar recursos manio-brando entre las alianzas de la Guerra Fría, pero las afirmaciones de un modelo específico de «socialismo árabe» estaban dirigidas en parte a prevenir o cooptar el creciente poder de los movimientos de izquierda<sup>23</sup>.

El ejemplo turco estaba muy presente. En respuesta al caos del colapso otomano y de los levantamientos radicales internos, la nueva República kemalista forjó durante las décadas de 1930 y 1940 su propia versión autoritaria del «doble movimiento» de Polanyi: planes quinquenales de industrialización de inspiración soviética, control corporativista del trabajo corporativo de inspiración italiana y distribución de tierras del Estado a campesinos medios y grandes propietarios inspirada en Estados Unidos. Como resultado, se conservaron los modelos descentralizados de propiedad de la tierra en la Anatolia otomana incluso hasta la década de 1960<sup>24</sup>. Para los nuevos Estados-nación de Oriente Próximo y el Norte de África, este modelo corporativista de industrialización permitió a una emergente clase política socavar las bases de poder de rivales económicos y sociales. La monarquía pahlaví de Irán construyó un cuerpo militar y burocrático en la década de 1930, una concentrada clase industrial en la década de 1960 y solamente después empezó a forzar a los propietarios de tierras a ceder su propiedad de terrenos de las aldeas<sup>25</sup>. El sah comparaba lo que denominaba la «Revolución blanca» de Irán en la década de 1960 con ejemplos del Japón de la época Meiji y de la Prusia de Bismarck.

Otros países siguieron la misma ruta de manera más acelerada pareciendo así todavía más radicales. A diferencia de Anatolia, el cercamiento de tierras por parte de jefes tribales y terratenientes en Egipto, Iraq, Túnez y la gran Siria, se había intensificado con el derrumbe imperial de principios del siglo XX. La longevidad de los nuevos Estados árabes estaba por

---

vol. 45, núm. 3, 2013; Michael Latham, *The Right Kind of Revolution: Modernization, Development, and US Foreign Policy from the Cold War to the Present*, Ithaca (NY), 2011.

<sup>22</sup> Desde luego, Mossadeq fracasó, pero la monarquía Pahlaví adoptó después muchas de sus reformas.

<sup>23</sup> Como señalaron perspicaces observadores en aquél momento, el «socialismo árabe» era menos una fuente de protesta antisistémica que una forma de «modernización creativa». Véase Sami Hanna y George Gardner, (eds.), *Arab Socialism: A Documentary Survey*, Leiden, 1969, p. 10.

<sup>24</sup> En 1963, el 85 por 100 de las propiedades agrícolas turcas eran explotadas por los propietarios y la mayoría eran granjas familiares de menos de diez hectáreas, mientras que en 1950 la cifra era del 73 por 100: J. Beinín, *Workers and Peasants in the Modern Middle East*, cit., p. 122.

<sup>25</sup> Eric Hooglund, *Land and Revolution in Iran, 1960-1980*, Austin (TX), 1982.

ello conectada a la cuestión de cómo abordaban sus dirigentes la cuestión agraria. En 1950, el 60 por 100 de los campesinos egipcios no tenía tierras; la misma proporción se daba en Siria, mientras que las zonas tribales de Iraq eran sacudidas por rebeliones campesinas. En Argelia, continuaba existiendo el caso extremo de una mano de obra rural proletarizada vigilada por las armas coloniales. No se trataba de estructuras sociales tradicionales heredadas por los Estados de la posguerra, sino el producto de una rápida consolidación de elites agrarias locales que desplazaban a segmentos de la población. Como explicaba Hanna Batatu: «Grandes extensiones de tierras del Estado y tierras comunales tribales pasaron a manos de los nuevos propietarios del capital, de los *colons* europeos y de jeques anteriormente beligerantes o sirvientes de pachás gobernantes, a menudo mediante compras forzadas, sin ninguna base legal o sin pagar nada por ellas»<sup>26</sup>. Con esta política favorable a los notables, algunas veces con disfraces liberal-democráticos, los campesinos fueron desplazados de las redes de parentesco y de los mecanismos comunales de reproducción social. En medio del desgaste de estos lazos, el Estado árabe revolucionario prometía intervenir: Egipto alcanzaba la independencia en 1952, Túnez en 1957, Iraq en 1958, Argelia en 1962, Siria en 1963 y Libia en 1969, sin mencionar a los movimientos guerrilleros revolucionarios presentes en Omán, Líbano, Yemen y Jordania desde finales de la década de 1960. En gran medida, los orígenes sociales de esta nueva elite en el poder eran rurales o provinciales; estaban dirigidas por hombres que habían ascendido en el ejército y en otras instituciones del Estado. El objetivo, sin embargo, no fue una sublevación campesina, sino la revolución kemalista realizada por burócratas desde arriba<sup>27</sup>. La democracia se consideraba, en general, como una divisiva distracción de la tarea de consolidación del Estado<sup>28</sup>.

---

<sup>26</sup> Hanna Batatu, *The Egyptian, Syrian and Iraqi Revolutions: Some Observations on Their Underlying Causes and Social Character*, Washington DC, 1984, p. 3.

<sup>27</sup> La monarquía pahlaví con el sah Mohammad Reza copió a los Estados árabes, no a la inversa: la Revolución Blanca se anunció unos años después del derrocamiento en 1958 de la monarquía iraquí.

<sup>28</sup> Como declaraba Nasser a un periodista indio, «¿Puedo hacerle una pregunta: qué es la democracia? Se suponía que durante el periodo 1923-1953 teníamos un sistema democrático. Pero, ¿de qué servía esta democracia para nuestro pueblo? Yo se lo diré. Los terratenientes y los pachás gobernaban a nuestro pueblo. Ellos utilizaban esta clase de democracia como una sencilla herramienta en beneficio del sistema feudal [...]. Los campesinos votaban de acuerdo con las instrucciones de sus amos [...]. Yo quiero liberar a los campesinos y a los trabajadores, tanto social como económicamente, de manera que puedan decir “sí”. Quiero que los campesinos y los trabajadores puedan decir “sí” y “no” sin que eso afecte de ninguna manera a sus medios de vida y al pan diario. Esta es en mi opinión la base de la libertad y la democracia», citado en Roger Owen, «The Practice of Electoral Democracy in the Arab East

Las divisiones se habían producido durante el tumulto del gobierno colonial, tanto consolidando el poder de las elites agrarias como aumentando el estrato de cuadros militares y civiles. A menudo, estos procesos han sido mezclados y reunidos bajo la categoría de clientelismo o neopatrimonialismo, afirmando algunas veces que son un inamovible legado del sultanismo otomano en tierras árabes. Pero como señala James Gelvin, esta línea de razonamiento tendía a revelar más sobre los historiadores e investigadores sociales de mediados del siglo xx que sobre la propia región<sup>29</sup>. Para Gelvin, el corporativismo árabe era una forma de guerra de clases, no entre el capital y el trabajo, sino entre las nuevas elites del Estado y las viejas clases oligárquicas vinculadas a la tierra. En cierta medida, los aparatos represivos de muchos Estados de Oriente Próximo y el Norte de África provienen de esta rápida y sigilosa apropiación del poder político por parte de personas procedentes de la clase media-baja rural, como Nasser y Hafez al-Assad. Siempre paranoicas sobre las represalias de enemigos, reales o imaginarios, las fuerzas de seguridad se desplegaron al principio contra la elite «feudal» y posteriormente contra cualquier percibida amenaza de derrocamiento.

Heredadas de las gendarmerías coloniales o forjadas a partir de ejércitos nacionales recién formados, las agencias de inteligencia en los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África durante la posguerra profesaban un entusiasmo por los rangos militares internos y por la exuberante utilización de la fuerza. Desplegadas por los dirigentes en contra de los militares para proteger a los regímenes de golpes de Estado a partir de la década de 1970, las agencias de seguridad proliferaron por toda la región para controlar al ejército y a otros segmentos del Estado tanto como a la sociedad en general. Vinculadas solamente a las familias dirigentes o a presidentes de larga trayectoria en el cargo, armadas hasta los dientes en los despliegues domésticos contra los grupos izquierdistas e islamistas, los Estados multiplicaron sus agencias de vigilancia (y sus nóminas) en tándem con la expansión de las industrias públicas y las asociaciones corporativistas. Habría que señalar una excepción: a diferencia de los asaltos de Marruecos sobre el Sahara Occidental en la década de 1970 o de la guerra sucia argelina contra los adversarios islamistas en la década de 1990, Túnez bajo el mando de Bourguiba había renunciado a la expansión territorial y al rearme militar capaz de competir con la temible seguridad interna del Estado. Esta falta de

---

and North Africa», en Ellis Goldberg, Reşat Kasaba, y Joel Migdal (eds.), *Rules and Rights in the Middle East: Democracy, Law, and Society*, Washington DC, 1993, p. 21.

<sup>29</sup> James Gelvin, «The “Politics of Notables” Forty Years After», *Middle East Studies Association Bulletin*, vol. 40, núm. 1, junio de 2006.

relevancia del ejército en la política interna hizo que en 2011, tras la precipitada huida de Ben Ali, los militares tunecinos prefirieran la autonomía organizativa a la intervención en las dinámicas políticas<sup>30</sup>.

La incorporación de estratos campesinos, trabajadores y profesionales a los órganos vinculados al Estado proporcionó una base social compensatoria desde la que romper las grandes propiedades rurales y dismantelar las redes mercantiles. Como resultado, los campesinos no se emanciparon como clase, pero muchos de sus hijos acabaron en empleos públicos en las ciudades. Un resultado clave del modelo corporativista –al margen de cuestiones ideológicas sobre el gobierno de las masas– fue facilitar una rápida movilidad social ascendente para determinados individuos. Como remarcaba Gilbert Achcar: «El Estado llegó hasta el extremo de sustituirse a sí mismo en gran medida por el sector privado, por medio tanto de programas de nacionalización de gran alcance como de una masiva inversión pública»<sup>31</sup>. El índice medio anual de crecimiento industrial entre los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África fue del 13,5 por 100 en la década de 1950 y del 10,6 por 100 en el periodo 1960-1973. En el terreno de la protección social, las actividades benéficas y filantrópicas no estatales del periodo liberal de entreguerras –escuelas, talleres, clínicas– fueron finalmente asumidas y homogeneizadas por el Estado<sup>32</sup>.

Este pacto social supuso un tremendo empujón para el desarrollo de los ciudadanos a través de la educación y del empleo técnico-profesional de nivel superior, todavía marcado por la elevada valoración que acompañaba al título de *muhandis* (ingeniero) en prácticamente todos los escenarios sociales, desde las conversaciones en la cena hasta los ritos funerarios. Entre 1954 y 1970, el periodo de Nasser en Egipto asistió a un crecimiento de las matriculaciones en la escuela primaria del 234 por 100 y en la educación superior del 325 por 100<sup>33</sup>. Para muchos de estos Estados, la educación era el camino que encontraba menos resistencia para reducir los privilegios de clase preexistentes y reordenar las jerarquías. También era un método comprobado de llevar a los ciudadanos a identificarse con la comunidad imaginada del Estado-nación más que con sus competidores.

---

<sup>30</sup> Yezid Sayigh, «Agencies of Coercion: Armies and Internal Security Forces», *International Journal of Middle East Studies*, vol. 43, núm. 3, agosto de 2011.

<sup>31</sup> Gilbert Achcar, *The People Want: A Radical Exploration of the Arab Uprising*, Berkeley (CA), 2013, p. 69.

<sup>32</sup> Véase Beth Baron, «Islam, Philanthropy and Political Culture in Interwar Egypt: The Activism of Labiba Ahmad», en M. D. Bonner et al., *Poverty and Charity in Middle Eastern Contexts*, cit.

<sup>33</sup> Carrie Wickham, *Mobilizing Islam: Religion, Activism, and Political Change in Egypt*, Nueva York, 2002, p. 25.

CUADRO I: Indicadores de desarrollo humano en diez países de Oriente Próximo y el Norte de África, 1960-2000.

<i>Indicador</i>	1960	1980	2000
<i>Años de educación (media parar persona de más de 15 años)</i>	0,9	2,6	5,5
<i>Años de educación (media para mujeres de más de 15 años)</i>	0,5	1,8	4,6
<i>Mortalidad infantil (muertes por cada 1.000 nacimientos)</i>	262	138	47
<i>Esperanza de vida</i>	47	58	68

Datos procedentes de medias combinadas de Estados del Oriente Próximo y el Norte de África (Argelia, Egipto, Irán, Jordania, Líbano, Libia, Marruecos, Siria, Túnez y Yemen).

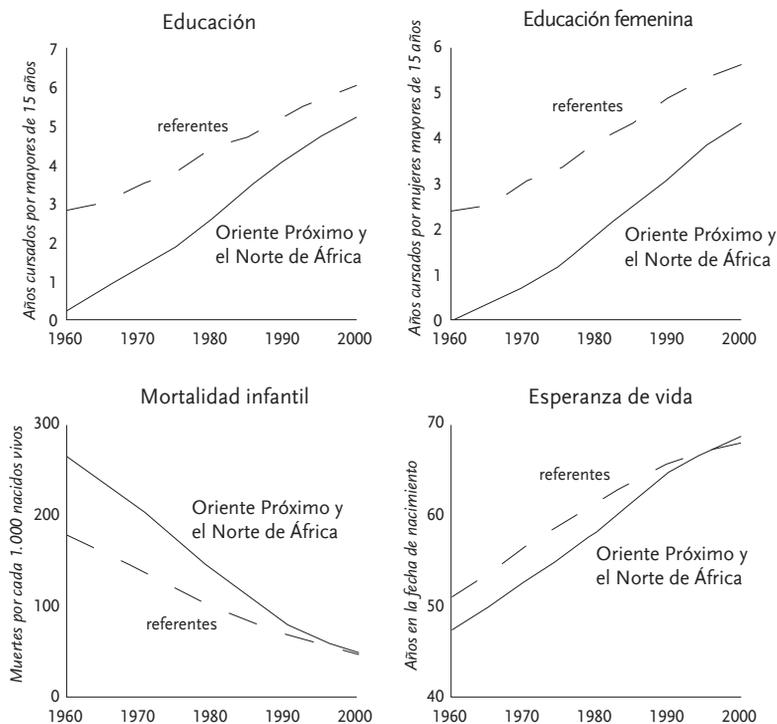
*Fuente:* Farrukh Iqbal, *Sustaining Gains in Poverty Reduction and Human Development in the Middle East and North Africa*, Washington, 2006, p. 23.

Una vez establecido, el pacto social dirigido por los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África tuvo un impresionante impacto sobre los medios de vida de la población durante las tres décadas siguientes. El Banco Mundial consideraba el modelo como una combinación del «crecimiento rápido» con «generosas transferencias a grandes sectores de la población». Durante el periodo 1960-1985, los Estados árabes superaron a las demás regiones del Tercer Mundo, exceptuando Asia oriental, en crecimiento de los ingresos con una equitativa distribución de la renta. La mortalidad infantil se redujo a la mitad y la expectativa de vida aumentó en diez años. En la medida en que podemos confiar en líneas de pobreza internacionalmente comparables, la región se convirtió en una zona de pobreza relativamente baja dentro del sur global. Basándose en la paridad del poder adquisitivo (PPA), el 5,6 por 100 de la población vivía con menos de un dólar al día en 1990, frente al 14,7 en Asia oriental y el 28,8 por 100 en América Latina<sup>34</sup>. De manera general, lo mismo se puede decir sobre la desigualdad. Aunque las encuestas sobre los hogares en la región tienden a medir el consumo, no los ingresos, los niveles de desigualdad de Gini en la región oscilaban entre el 0,35 y el 0,50, muy por debajo de los extremos encontrados en América Latina.

<sup>34</sup> Nemat Shafik, *Claiming the Future: Choosing Prosperity in the Middle East and North Africa*, Washington DC, 1995.

Un estudio realizado en El Cairo en 1982 calculaba que el índice de Gini se situaba en el 0,32 en la ciudad<sup>35</sup>. Como muestran los indicadores de desarrollo no basados en los ingresos (véase el cuadro 1 y el gráfico 1), durante el periodo de posguerra presumiblemente se produjo una generación de nivelación social, con tendencias positivas que duraron hasta el posterior periodo neoliberal.

GRÁFICO 1: Tendencias comparativas en los indicadores de desarrollo humano 1960-2000.



Datos de medias combinadas de Estados de Oriente Próximo y el Norte de África (Argelia, Egipto, Irán, Jordania, Líbano, Libia, Marruecos, Siria, Túnez y Yemen) y treinta referentes no pertenecientes a esta región (definidos como países con ingresos medios en 1980).

Fuente: F. Iqbal, *Sustaining Gains in Poverty Reduction and Human Development in the Middle East and North Africa*, cit., p. 23.

<sup>35</sup> Para un desglose de las cifras véase, Kevan Harris, «Did Inequality Breed the Arab Uprisings? Social Inequality in the Middle East from a World Perspective», en Saïd Amir Arjomand (ed.), *The Arab Revolution of 2011: A Comparative Perspective*, Albany (NY), 2015.

Como pacto social, sin embargo, el corporativismo contenía al menos tres contradicciones, que se intensificaron con el tiempo. La primera era que en su base había una marcada inclinación urbana. Incluso en las zonas agrícolas donde las condiciones de vida mejoraban como resultado de las reformas agrarias, los migrantes rurales marchaban a las ciudades buscando salarios mayores en forma de ingresos en efectivo. Con el crecimiento de la población debido a las inversiones en salud pública, la tendencia a trasladarse a las ciudades produjo un relativo descenso del campesinado en la región<sup>36</sup>. El aumento de la población subproletaria en las zonas urbanas era imposible de absorber dentro de los aparatos estatales y semiestatales y mucho menos de gobernar de manera sistemática. La respuesta de los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África fue poner en marcha sistemas de subsidios y de precios máximos para los productos de primera necesidad y el combustible. Los subsidios, estructuralmente ineficaces, regresivos en términos absolutos de la distribución total, pero progresivos en términos de sus efectos sobre el consumo de los hogares, constituyeron, junto con la educación primaria la única política social universal aplicada en Oriente Próximo. Eran formas directas, pero efectivas, de protección social; un planteamiento comprensible de unos Estados que no tenían la capacidad de hacer que sus poblaciones fueran lo suficientemente «legibles» como para poner en marcha programas contra la pobreza<sup>37</sup>. Después de una generación, los precios bajos de los productos básicos se consideraban como derechos ciudadanos, no prerrogativas del Estado. A medida que la población y la urbanización crecieron, el peso relativo de los subsidios dentro de los presupuestos del Estado también creció<sup>38</sup>. Este hecho conformó el contexto social de las protestas contra el FMI registradas

---

<sup>36</sup> Farshad Araghi, «Global Depeasantization, 1945-1990», *Sociological Quarterly*, vol. 36, núm. 2, marzo de 1995. Araghi calcula el índice de desruralización –la proporción entre la emigración rural y el aumento de la población rural– para Turquía en el 39 por 100 (1955-1960); para Irán en el 43 por 100 (1956-1966), para Siria el 33 por 100 (1960-1970) y para Iraq en el 104 por 100 (1957-1965), siendo este último un ejemplo de descenso absoluto, no relativo, del campesinado.

<sup>37</sup> OIT, *Rethinking Economic Growth: Towards Productive and Inclusive Arab Societies*, Washington DC, 2012, cap. 5. Los subsidios universales tienden a ser completamente regresivos, debido al hecho de que los estratos de ingresos más elevados consumen más bienes; son relativamente progresivos, dado que un porcentaje mayor de la cesta de la compra de los hogares más pobres está formado por artículos de primera necesidad.

<sup>38</sup> Por ejemplo, a finales de la década de 1970 Egipto se gastó el 20 por 100 de su presupuesto total solamente en subsidios para la alimentación: Farrukh Iqbal, *Sustaining Gains in Poverty Reduction and Human Development in the Middle East and North Africa*, Washington DC, 2006, pp. 57-69.

en Egipto y Túnez a finales de la década de 1970 y comienzos de la siguiente, cuando estos Estados hicieron un fallido intento de elevar los precios de los productos subvencionados. Desde la década de 1980, la mayoría de los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África también abrirían sus campos a la agricultura capitalista, lo que empujó a otra generación a las ciudades<sup>39</sup>.

La segunda contradicción era que los subsidios a los productos de primera necesidad y la industrialización por sustitución de importaciones produjeron una creciente presión sobre las balanzas de pago de los Estados de la región. No había una sola fuente estable de comercio exterior con la cual comprar bienes de capital de los países ricos: tanto el dinero procedente de la migración como las transferencias de dinero procedente del petróleo y los excedentes agrícolas eran fuentes demasiado volátiles y dependientes de las fluctuaciones cíclicas de la economía mundial. Las fases sencillas de la producción industrial, desde los textiles y bienes de consumo al montaje de automóviles, habían empujado contra los límites de la demanda de los mercados nacionales. Hipotéticamente, las subidas de precios de la OPEP en la década de 1970 podrían haber aportado el capital que financiara una diversificada estrategia de industrialización por toda la región. Sin embargo, ese capital acabó mayormente en las manos de financieros de Londres y Nueva York, con Beirut como segundo beneficiario, debido a su función de *entrepôt* regional.

Por último, la tercera contradicción era que incluso con la excluyente forma de corporativismo practicada por los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África, donde la entrada al empleo en el sector formal estaba limitada, los beneficiarios de estratos medios empezaron a protestar. A menudo impulsado por los sectores socialmente en ascenso y con empleos en el Estado, semejante malestar no debe sorprender en los años en torno a 1968, cuando las huelgas salvajes de los trabajadores del sector formal y las protestas en la calle de estudiantes universitarios eran algo habitual en Europa. Si el pacto social corporativista estaba limitado externamente por el alcance de la expansión del sector público, internamente lo estaba por el empoderamiento de trabajadores y profesionales de estratos medios, que pedían la democratización de ese acuerdo. Esto acabó en una oleada regional de lo que Robert Bianchi llamó «corporativismo ingobernable»: aquellos países en los que sus «elites autoritarias habían intentado que la vida asociativa

---

<sup>39</sup> Habib Ayeub y Ray Bush, «Small Farmer Uprisings and Rural Neglect in Egypt and Tunisia», *Middle East Report*, vol. 272, otoño de 2014.

entrarse en un molde corporativista-estatal más rígido, sus regímenes se habían visto profundamente sacudidos o derrocados por oposiciones inesperadamente poderosas»<sup>40</sup>. Desde Irán a Egipto pasando por Siria y Argelia, estas oposiciones tomaron formas seculares y religiosas –algunas veces una amalgama de ambas–, pero todas ellas compartían similares bases sociales. En resumen, el corporativismo de los países de Oriente Próximo y el Norte de África produjo sus propios sepultureros mediante procesos paralelos de proletarianización y profesionalización. En absoluto se trataba del «acuerdo autoritario» estabilizador del que hablaban los analistas occidentales y, en consecuencia, a finales de la década de 1970 el pacto social fue reconsiderado por las elites y las masas en toda la región.

¿Qué pasa con los pequeños Estados y ciudades-Estado productores de petróleo? ¿Quedaron al margen de estas dinámicas? Aunque Arabia Saudí había logrado su independencia en la década de 1930, Estados del Golfo como los Emiratos Árabes Unidos o Qatar no alcanzaron la soberanía formal hasta la década de 1970. En la mayoría de estos territorios, una oligarquía caracterizada por el caciquismo mercantil llevaba mucho tiempo siendo la elite dirigente mientras utilizaba mano de obra migrante en las industrias de las perlas y del transporte marítimo. A finales de la década de 1930, el patronazgo y las preferencias británicas condujeron al ascenso de selectas familias como dirigentes del Estado<sup>41</sup>. Sin embargo, a diferencia del este de Asia y el norte de África, el capital corporativo estadounidense penetró pronto en la península arábiga, aunque limitado a lugares seleccionados. En Arabia Saudí la legislación laboral no se basó en el modelo kemalista de Turquía, sino en el modelo racializado de Estados Unidos. Como ha detallado Robert Vitalis, empresas estadounidenses como ARAMCO exportaron las prácticas laborales de los sectores de la minería y del petróleo estadounidenses a los campos

---

<sup>40</sup> Robert Bianchi, *Unruly Corporatism: Associational Life in Twentieth-Century Egypt*, Nueva York, 1989, p. 25. Este ensayo utiliza el término «corporativismo», con su idea de vínculos sociales con el Estado, y no el término «autoritario-burocrático» utilizado más a menudo por los analistas para este periodo. Este último es una descripción estática de un tipo ideal de régimen, mientras que el primero es un concepto que puede ser entendido en relación dialéctica con sus precursores liberales y sus seguidores neoliberales. Una iteración estándar, aunque bastante perspicaz, del análisis político sobre la moderna formación del Estado en la región de Oriente Próximo y el Norte de África la ofrece Raymond Hinnebusch, «Toward a Historical Sociology of State Formation in the Middle East», *Middle East Critique*, vol. 19, núm. 3, otoño de 2010.

<sup>41</sup> Shaul Yanai, *The Political Transformation of Gulf Tribal States: Elitism and the Social Contract in Kuwait, Bahrain and Dubai, 1918-1970s*, Brighton, 2014.

petrolíferos del Golfo, con niveles jerárquicos de salarios y beneficios para la mano de obra «blanca» frente a la «no blanca». Las mismas prácticas se produjeron en los asentamientos de las compañías petroleras que establecieron los británicos en el sur de Irán e Iraq, pero en esas zonas la nacionalización puso fin a la estratificación racial del trabajo. No sucedió lo mismo en la península arábiga, donde el desarrollo dirigido por el Estado codificó una estratificada ciudadanía racial en áreas clave de la producción hasta bien entrada la década de 1960, reforzada por una firme división del trabajo en base al género. A medida que el Golfo aumentaba su relevancia política y económica a finales del siglo xx, este régimen de ciudadanía se extendió como un modelo peninsular<sup>42</sup>. La legitimidad de estos Estados descansaba sobre la combinación de una tradición inventada con el despliegue externo de formas espectaculares de modernización. Los linajes de parentesco se volvieron decisivos para una ciudadanía limitada y para las informales redes de acumulación de capital que se extendieron en los grandes Estados árabes en la década de 1970. Las instituciones creadas por los jeques del Golfo no son de ninguna manera anacronismos tribales, sino una subcategoría de la formación semiperiférica del Estado<sup>43</sup>.

Hay que tener presente una distinción existente entre la región de Oriente Próximo y el Norte de África y otras regiones capitalistas del mundo durante el periodo de la posguerra. Comparadas con Asia oriental o América Latina, las economías de los países de esta región permanecieron relativamente aisladas de la inversión capitalista procedente de las zonas centrales de la economía mundial. La «nueva división internacional del trabajo», que los estudiosos empezaron a señalar en la década de 1970, sorprendentemente no caracteriza en absoluto a los territorios de nuestra región. Debido a la rápida expansión de la capacidad del Estado, a la absorción de estratos subalternos recientemente movilizados dentro de órganos corporativos del mismo y a la relativa autarquía económica, los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África crearon grandes sectores públicos para abordar las apremiantes cuestiones sociales de las décadas de la posguerra. El crecimiento industrial en la región fue

---

<sup>42</sup> Sobre Arabia Saudí, véase Robert Vitalis, *America's Kingdom: Mythmaking on the Saudi Oil Frontier*, Londres y Nueva York, 2009. Sobre las ciudades de las compañías petroleras en Irán véanse los artículos recogidos en el número especial de *International Labour and Working-Class History*, editado por Touraj Atabaki, «Writing the Social History of Labour in the Iranian Oil Industry», vol. 84, octubre de 2013.

<sup>43</sup> Nadav Samin, *Of Sand and Soil: Genealogy and Tribal Belonging in Saudi Arabia*, Princeton (NJ), 2015.

por ello temporalmente elevado, pero cualitativamente diferente de la industrialización de América Latina o Asia oriental.

Los Estados con una capacidad más limitada, como Líbano o las monarquías del Golfo, consiguieron forjar vínculos externos desde dentro de este orden autárquico, convirtiéndose en *entrepôts*, que presentaron sus territorios como ventanas para las fuentes e inversiones occidentales de capital. El ascenso de las ciudades-Estado del Golfo debe entenderse desde esta perspectiva, especialmente después de la guerra civil libanesa de 1975 y de la guerra entre Irán e Iraq desde 1980. Eran zonas de relativa estabilidad política, que garantizaban la permanencia del capital y que posibilitaban los flujos del mismo, al tiempo que contaban con la debida protección del poder militar estadounidense. Sin embargo, el «gran empujón» de la mayoría de los Estados de Oriente Próximo, que tuvo consecuencias posteriores sobre los medios de vida y el desarrollo social, debería atribuirse en parte a la relativa falta de integración con la economía capitalista mundial. En la década de 1960, Estados Unidos prefirió el gobierno geopolítico indirecto en la región, política que mantuvo hasta la Revolución iraní de 1979, lo cual mostraba paralelismos con el siglo XIX. Al igual que la propagación de la agricultura de plantación en la era de la hegemonía británica evitó en gran medida las zonas imperiales otomana y persa, con la excepción del delta del Nilo y Argelia, la propagación de corporaciones verticalmente integradas –y de sus cadenas de subcontratación con sus inferiores salarios– también sortearon la región de Oriente Próximo y el Norte de África en la era de la hegemonía estadounidense<sup>44</sup>. Sin embargo, en el clima del desarrollismo nacionalista, esta distinción entre esta región y otras regiones del mundo era más difícil de percibir.

A finales de la década de 1970, el pacto social en la mayoría de los Estados de la región parecía similar, independientemente de las tendencias ideológicas. Su modelo consistía en sectores públicos relativamente grandes, que mantenía vínculos corporativos con diversos grupos subalternos; una expansión de la sanidad y educación básicas para la mayoría de la población; la existencia de subsidios a los productos y servicios básicos utilizados por las clases urbanas; y una fragmentaria reforma agraria orientada hacia las estrategias de crecimiento industrial por sustitución de importaciones. Cada uno de estos segmentos sufrió una liberalización parcial a partir de la década de 1980. En los Estados árabes, el planteamiento general se llamó *infitah*: apertura.

---

<sup>44</sup> F. Tabak, «The Middle East in the Long Twentieth Century», cit., pp. 157-158.

4. LOS AÑOS DE LA *INFITAH*

Considerar que el principal dilema de Oriente Próximo es el neoliberalismo –que esa fue la causa de los levantamientos árabes de 2011, por ejemplo– nos dice poco sobre las dinámicas clave de las décadas recientes. A partir de la década de 1970, la región de Oriente Próximo y el Norte de África no soportó presiones externas o internas de neoliberalización en la misma medida que el África subsahariana o América Latina. Lo que sucedió durante las décadas finales del siglo xx puede describirse más adecuadamente como una divergencia interconectada dentro de la propia región. Los Estados árabes no desmantelaron activamente sus sistemas de protección social, sino que dejaron que se osificaran, permitiendo que diversas entidades no estatales se colaran por las brechas cada vez mayores de la prestación de servicios. Turquía e Irán ampliaron sus pactos sociales debido a la política de facciones de la elite y continuaron apoyándose en la movilización popular. Las monarquías del Golfo, finalmente, bloquearon el acceso a la ciudadanía social, mientras regulaban activamente los flujos disponibles de mano de obra migrante.

Dos factores ayudan a explicar por qué la región estuvo menos sometida a los dictados de la oleada neoliberal de las décadas de 1970-2000. El primero es que después de la *détente* y *denouement* chino-estadounidense de la Guerra de Vietnam, el principal teatro de rearme militar, conflicto geopolítico y guerra se trasladó desde el Este de Asia a la región de Oriente Próximo y el Norte de África. Para la mayoría de las elites políticas de esta región –y con independencia de en qué lado del conflicto estuvieran– la guerra y la preparación de la guerra sirvieron como una útil excusa para combatir los esfuerzos tecnocráticos de reducir el presupuesto del Estado y privatizar las industrias nacionales esenciales. Cuando las elites del Estado finalmente decidieron tomar ese camino, lo hicieron de mala gana, optando por un tibio neoliberalismo en el mejor de los casos.

El segundo es que aunque muchos Estados de la región no eran productores de petróleo, las burbujas de materias primas de la década de 1970 generaron suficientes transferencias interregionales de capital como para permitirles mantener en funcionamiento segmentos de sus sistemas asistenciales-corporativistas. Estos flujos de capital, unidos a las nuevas fuentes de financiación externa para los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África, impidieron las profundas crisis de la balanza de pagos que sufrieron África y América Latina en las décadas

de 1980 y 1990, y les permitieron continuar utilizando el sector público como un proveedor de empleo y una fuente de adquisición de estatus. El sector público en Jordania empleaba más gente en la década de 2000 que en la de 1980. En el mismo periodo, los salarios del sector público en Egipto habían subido, no descendido<sup>45</sup>. A esto hay que añadir los flujos estadounidenses de ayuda militar y para el desarrollo, que protegían a las elites políticas de los Estados amigos, como Egipto y Jordania, y que se mantuvieron con independencia de la cantidad de gente que hubiera en las celdas de tortura de los diferentes regímenes.

En Oriente Próximo abundan las elites neoliberales, que son bien recibidas entre los creadores de opinión de los países occidentales. Sin embargo, excepto en Turquía, nunca han mantenido las riendas del poder durante mucho tiempo en ninguna parte, mientras que, por otro lado, no se han producido crisis lo suficientemente profundas que les permitieran tomar el poder y purgar a las viejas guardias en los Estados árabes hasta las protestas de 2011. A finales de la década de 1980 y comienzos de la siguiente, parecía que podía llegarse a una limitada democratización y liberalización en Oriente Próximo, como en el resto del Sur global, con los consejos políticos que se establecieron en Jordania y Kuwait y la celebración de elecciones regulares en Irán y Turquía. Esto, sin embargo, se demostró pasajero, por lo menos para los casos árabes, donde los advenedizos neoliberales fueron selectivamente injertados en el Estado por políticos veteranos, desde Egipto a Siria, sin cambios radicales en las formas de gobierno. De nuevo esto contrasta con la trayectoria de América Latina, donde el derrocamiento de los regímenes militares coincidió con la rápida aplicación de la cuchilla tecnocrática a las políticas económicas y sociales a partir de la década de 1980.

Habida cuenta de que la asociación de muchos de estos Estados con un vago discurso secular y de izquierdas estaba incrustada en la imaginación popular, los movimientos islamistas pudieron sacar provecho fácilmente de su política opositora y del desencanto por la erosión de los pactos sociales vigentes. Los principales beneficiarios del pacto social de posguerra en los países de Oriente Próximo y el Norte de África eran los estratos medios urbanos, creados y vinculados al desarrollo dirigido

---

<sup>45</sup> Oliver Schlumberger, «Opening Old Bottles in Search of New Wine: On Nondemocratic Legitimacy in the Middle East», *Middle East Critique*, vol. 19, núm. 3, 2010; véanse también los ensayos en Tim Niblock y Emma Murphy (eds.), *Economic and Political Liberalization in the Middle East*, Londres, 1993.

por el Estado. A medida que los países empezaron a experimentar una renuente liberalización, aparecieron divisiones dentro de esos grupos medios. El islam político en la mayoría de los Estados árabes fue un fenómeno con raíces en la clase media, a menudo articulado por medio de asociaciones universitarias y profesionales. Pocas veces vinculado a las tradiciones de seminarios de enseñanza de la jurisprudencia, el islam político se originó en gran medida fuera de las instituciones religiosas existentes. Desde Ali Shariati en Irán a Sayyid Qutb en Egipto, laicos que habían adquirido prestigio en otras esferas sociales también reclamaron la aplicación del conocimiento espiritual a la reforma social y política. Aunque se puede remontar hasta finales del siglo XIX, el islam político a finales del siglo XX tenía divisiones similares a sus primos radicales-seculares. Había instituciones de tipo leninista, verticalmente organizadas y basadas en la jerarquía, la que tuvo más éxito (y la más exportable) fue los Hermanos Musulmanes de Egipto<sup>46</sup>. También encontramos organizaciones más anárquicas, celulares, que a menudo giraban alrededor de un líder espiritual carismático, que aparecieron a partir de mediados del siglo.

Las relaciones de los Estados árabes con estos islamistas eran instrumentales en el mejor de los casos, considerándolos a menudo un instrumento para acosar o competir con la izquierda. Cuando en 1979 la Revolución iraní produjo un Estado con vestimenta islámica para reemplazar a un crucial aliado de Estados Unidos, el islam político fue elevado por una oleada de prestigio entre muchos que sabían poco sobre Irán o sobre el islam chií. La invasión soviética de Afganistán dio lugar a otra «internacional» de islamistas, cuyas diversas tendencias ideológicas colectivamente confluyeron en un salafismo apoyado por los saudíes. Estas dos oleadas de rebeliones algunas veces fluyeron en tándem, pero ocasionalmente chocaron entre sí<sup>47</sup>. Sin embargo, el principal impulsor del éxito islamista era el descontento con el *statu quo* y con las alternativas existentes, habida cuenta del fracaso de las rebeliones comunistas en la región del Oriente Próximo y el Norte de África. Como un marco amorfo

---

<sup>46</sup> Su árida y burocrática historia política a lo largo de siete décadas la expone Carrie Wickham, *The Muslim Brotherhood: Evolution of an Islamist Movement*, Princeton, 2013. Su adherencia a rituales leninistas está bien recogida por Hazim Kandil, *Inside the Brotherhood*, Cambridge, 2014.

<sup>47</sup> Véanse las observaciones finales de Suleiman Mourad, «Riddles of the Book», *NLR* 86, marzo-abril de 2014; ed. cast.: «Enigmas del libro», *NLR* 86, mayo-junio de 2014. Una excelente colección de las invenciones de tradiciones y de los cismas divisivos dentro del discurso salafista se encuentra en Roel Meijer (ed.), *Global Salafism: Islam's New Religious Movement*, Nueva York, 2009.

que igualmente podía aferrarse al marxismo de la Tercera Internacional, al nacionalismo tercermundista o a la banca comercial, el islam político tenía el beneficio añadido de proporcionar una piedra angular común para la nativista promesa de una renovación de toda la región<sup>48</sup>.

Estas corrientes intelectuales circulaban mientras los Estados árabes lentamente se desprendían de capas del sector público. Las reformas iniciales de la *infitah* en Egipto con Anwar Sadat fueron concebidas para crear un naciente sector privado, que llenara el espacio dejado por un Estado en retirada, y estuvieron parcialmente financiadas por la inversión de los Estados del Golfo. Sin embargo, los esfuerzos formales de liberalización acabaron en gran parte después de las revueltas contra la carestía de la vida en Egipto en 1977 y el asesinato de Sadat en 1981. Siria intentó lo mismo bajo Hafez al-Assad desde la década de 1970 hasta la de 1990, aliviando las restricciones al cambio de divisas y formalizando las redes privadas de contrabando que ya existían<sup>49</sup>. En vez de aplicar una terapia de choque, los gobiernos árabes se deshicieron de sectores estatales y propiedades agrarias a un ritmo muy variable. El resultado fue un largo declive de la inversión pública sin ningún repunte simultáneo de la inversión privada. Desde 1985, la inversión fija en relación al PIB en los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África ha permanecido entre el 20-25 por 100. Las tasas de inversión del Este y del Sur de Asia igualaron y superaron a las de nuestra región en las décadas de 1980 y 2000 respectivamente<sup>50</sup>.

La «revolución» de la OPEP que inundó de capital a los Estados del Golfo no produjo un diluvio de inversiones hacia los populosos países del Oriente Próximo y el Norte de África. Bajo un orden geopolítico diferente y después de las guerras árabe-israelíes de 1967 y 1973, quizá esos ingresos podrían haberse convertido en el equivalente del Plan Marshall para la región. Sin embargo, el verdadero sumidero para el capital del Golfo fueron los mercados financieros de Estados Unidos y Europa, y parte de ese capital volvió de nuevo a los países del Tercer Mundo en forma de préstamos privados de Wall Street<sup>51</sup>. El capital del Golfo que llegó a

---

<sup>48</sup> Agradezco la aportación de James Gelvin en este punto; véase también Sami Zubaida, *Beyond Islam: A New Understanding of the Middle East*, Londres, 2011, cap. 4.

<sup>49</sup> Volker Perthes, *The Political Economy of Syria under Assad*, Londres, 1995.

<sup>50</sup> G. Achcar, *The People Want*, cit., pp. 38-40.

<sup>51</sup> Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Londres, 1994, pp. 333-335; ed. cast.: *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*, Madrid, 1999.

viajar a los Estados de nuestra región estuvo dirigido hacia actividades que apenas lo diferenciaba del capital occidental –concretamente finanzas e inversiones inmobiliarias–, evadiendo así las garras del Estado y haciendo que fuera difícil redirigirlo hacia los objetivos de desarrollo definidos por este. La forma de organización empresarial vinculada al capitalismo del Golfo, el conglomerado diversificado, se describía a menudo como un atavismo monárquico. Este tropo ocultaba el hecho de que las sociedades patrimoniales controladas por una familia y los conglomerados vinculados al Estado eran la forma más habitual de acumulación de capital por todo el Sur Global, prosperando por doquier en hábitats neoliberales<sup>52</sup>. Las compañías del Golfo y sus contrapartes turcas se extendieron por los mercados regionales, compitiendo o colaborando con los conglomerados vinculados a los Estados de esos países. Mientras que los economistas de Oriente Próximo y el Norte de África lamentaban la falta de un sector privado «autónomo», los empresarios obtenían beneficios a partir de la prolongada transferencia de bienes públicos a las zonas grises habilitadas por la subcontratación privada y la propiedad conjunta con el Estado.

En medio del barullo, la historia oculta de éxito de los Estados árabes de nuestra región durante el giro neoliberal global radicó en que los niveles de bienestar no basados en los ingresos continuaron mejorando, a un ritmo equivalente al del periodo estatista de posguerra. Esto sucedió mientras los ingresos per cápita se estancaban primero y, luego, descendían en relación a los Estados ricos del Norte. Entre 1985 y 2000, según informó el Banco Mundial, los países «en vías de desarrollo» de la región de Oriente Próximo y el Norte de África sobrepasaban a otras regiones con ingresos medios del Sur Global en su mejora de los años de escolaridad, niveles de alfabetización, mortalidad infantil y esperanza de vida. Para perplejidad del Banco, esto se producía «a pesar de una tasa considerablemente más lenta de crecimiento de la producción y un descenso de los niveles de gasto público»<sup>53</sup>. De hecho, comparados con países de ingresos similares, los Estados de la región se comportaron mucho peor en términos de crecimiento de los ingresos durante el periodo 1980-2000, pero los indicadores de bienestar no basados en los ingresos estaban a su *mismo nivel* (véanse el cuadro 1 y gráfico 1 anteriores) .

---

<sup>52</sup> Adam Hanieh, *Capitalism and Class in the Gulf Arab States*, Nueva York, 2011. Para profundizar en el capitalismo de conglomerado, similar al característico de los países del Golfo, presente alrededor del mundo, véase el impresionante conjunto de casos recogidos en Asli Colpan *et al.* (eds.), *The Oxford Handbook of Business Groups*, Oxford, 2010.

<sup>53</sup> F. Iqbal, *Sustaining Gains*, cit., p. xix

Realmente esto resulta desconcertante, y las obras sobre el desarrollo de la región no se ponen de acuerdo para explicar los datos. La convergencia de Oriente Próximo y el Norte de África con otras regiones en cuanto a los indicadores de bienestar no basados en los ingresos se observa incluso cuando se analizan los niveles de ingreso y gasto público<sup>54</sup>. Una explicación provisional es que la *differentia specifica* de la región en sus éxitos con el bienestar básico no basado en los ingresos se encontraba en la ausencia de un neoliberalismo implantado con todas sus consecuencias. Un sector público en proceso de osificación, pero todavía intacto, era posiblemente mejor que otro sometido a las restricciones neoliberales. En un Estado débil, como Líbano, el gasto privado en salud y educación era la norma incluso en los años de la posguerra, mientras que en los Estados árabes con un legado de grandes sectores públicos, el gasto privado no servía como sustituto de los servicios públicos. Sin embargo, habida cuenta de la profunda falta de inversión en el Estado, aparecieron dos llamativas fisuras. La calidad del servicio descendió, provocando un aumento del gasto privado en bienestar, que se añadía a las provisiones sociales existentes. Igualmente, el acceso a la asistencia sanitaria más avanzada, como en la mayoría de los países, estaba limitada a aquellos insertos en el modelo de la seguridad social, principalmente trabajadores del sector público y la elite más rica. Las instituciones del bienestar de la era anterior nunca fueron actualizadas o ampliadas<sup>55</sup>.

Para Irán y Turquía, la destrucción del dominio de la elite dirigente tras la Segunda Guerra Mundial –mediante la revolución de 1979 y el golpe de Estado de 1980, respectivamente– acabó en un proceso de competición inestable entre las elites. Pese a todas las conocidas diferencias existentes entre los dos países, sobresale un factor común. Esta competencia entre las elites permitió que grupos sociales recién movilizados impusieran demandas sobre el Estado. El Partido de la Justicia y el Desarrollo turco fue el actor con más éxito de todos ellos, manejando una movilización popular organizada desde hacía mucho tiempo para finalmente transformar las estructuras políticas de la república kemalista. En el proceso, los desiguales pilares corporativistas del sistema de bienestar fueron remodelados en un régimen de protección social más amplio –aunque quizá más frágil–, que combinaba el mercado con

---

<sup>54</sup> *Ibid.*, cap. 2.

<sup>55</sup> Véanse los ensayos en Ragui Assaad y Caroline Krafft (eds.), *The Egyptian Labour Market in a Time of Revolution*, Oxford, 2016.

actores estatales y no estatales<sup>56</sup>. En Irán, la continua competencia dentro de una elite posrevolucionaria fraccionada acabó con la proliferación de nuevas organizaciones de protección social y con previsiones sociales inclusivas. Sin embargo, la incapacidad posterior del Estado para aplicar esas regulaciones produjo un régimen de bienestar mixto donde la precarización acompaña al crecimiento de la protección de la seguridad social.<sup>57</sup> No obstante, en ambos casos ha habido un marcado cambio en los sistemas de protección social durante la década pasada a medida que nuevos segmentos de la población han recibido acceso a la asistencia del Estado.

## 5. UN TIEMPO DE MONSTRUOS

Habida cuenta de las tendencias positivas mencionadas anteriormente, ¿por qué se produjeron los levantamientos árabes de 2011? En primer lugar, las mejoras en los indicadores no basados en el bienestar no son incompatibles dependientes del malestar político. Realmente, acompañando a la falta de convergencia de los ingresos con el rico Norte, especialmente a la luz del rápido crecimiento en otras regiones del Sur, las quejas eran numerosas. Dados los progresos registrados en las áreas de salud y educación, unidos a la simultánea transición demográfica hacia hogares nucleares, aquellos que veían bloqueados los caminos hacia el ascenso social disponibles para las generaciones anteriores contaban con las posibles estrategias de irse o bien levantar la voz. Una opción habitual era, como siempre, la migración. Sin embargo, la migración desde la región de Oriente Próximo y el Norte de África hacia el sur de Europa y el Golfo se hallaba cada vez más enfrentada a severas limitaciones: la «fortaleza europea» en el primer caso y un giro hacia la mano de obra procedente del sur de Asia en el segundo. Para los migrantes la precariedad se convirtió en la norma, conduciendo a un aumento de la migración interna a la búsqueda de trabajo: sirios trabajando en Líbano y norteafricanos yendo al Golfo por temporadas. La clásica válvula de

---

<sup>56</sup> En un marco comparativo, Turquía parece casi como los regímenes de bienestar sudeuropeos, aunque con una mayor incidencia del empleo informal y menores niveles de participación de la mujer en el trabajo. Véase Ayşe Buğra y Ayşen Candaş, «Change and Continuity under an Eclectic Social Security Regime: The Case of Turkey», *Middle Eastern Studies*, vol. 47, núm. 3, 2011.

<sup>57</sup> Kevan Harris, «A Martyrs' Welfare State and Its Contradictions: Regime Resilience and Limits through the Lens of Social Policy in Iran», en Steven Heydemann y Reinoud Leenders (eds.), *Middle East Authoritarianisms: Governance, Contestation and Regime Resilience in Syria and Iran*, Stanford (CA), 2013.

seguridad política que suponía la migración se vio, para esos países, cada vez más obstruida a medida que las economías de los países ricos se contraían en 2008.

Algunas de las quejas sociales puestas de manifiesto en los levantamientos árabes de 2011 proceden de problemas que surgieron de éxitos anteriores. La masiva educación primaria y la asistencia sanitaria básica fueron intervenciones del Estado a favor de los pobres. Desde 1975 a 2010, los Estados árabes de Oriente Próximo y el Norte de África disfrutaron de una tasa de crecimiento más rápida que cualquier región en cuanto a años de escolarización. Los índices de fertilidad descendieron y en los hogares aumentó el gasto por hijo. Como resultado, los horizontes educativos de la generación posterior eran totalmente diferentes a los de sus padres. Sin embargo, en la educación universitaria y en el mercado de trabajo la desigualdad de clase se reproducía. Las ganancias cuantitativas en los logros educativos enmascaraban las vías cualitativas de distinción de estatus de las elites, que reducían los beneficios del llamado «capital humano».

También entraban en juego factores estructurales más profundos. El *boom* de la natalidad de las décadas de 1970 y 1980 significó que el número de jóvenes que entraban en edad laboral en torno a 2010 era de cuatro a seis veces mayor que el de aquellos que alcanzaban la edad de jubilación. La osificación de la inversión pública canalizó la búsqueda de empleo hacia formas privadas, normalmente informales. Los salarios de reserva tendían a ser más elevados que en otros países del sur, con pocos incentivos para que el capital extranjero contratara mano de obra cualificada o técnica<sup>58</sup>. Estas particularidades subyacían en las relativamente elevadas tasas de desempleo formal entre la juventud de la región, cuando se comparan con otros países del sur<sup>59</sup>. En consecuencia, muchos jóvenes se encontraban con un «fracaso a la hora de despegar», como se comprobaba en Túnez (concretamente en la ciudad donde comenzaron los levantamientos árabes en diciembre de 2010):

---

<sup>58</sup> Djavad Salehi-Isfahani, «The Role of the Family in Social Integration in the Middle East and North Africa», *DIFI Family Research and Proceedings*, 2013, p. 5.

<sup>59</sup> No hay suficiente espacio en este artículo para ocuparse del otro excepcional hecho social de la mayoría de los países de Oriente Próximo y el Norte de África: su bajo índice de proletarianización femenina. Parte de la respuesta se encuentra en la tasa relativamente baja de la transición demográfica posterior a la década de 1970 con la llamada «cresta» de la juventud; en el final del empleo intensivo en los sectores agrícola e industrial, en la huida de capital hacia la construcción o las finanzas; y en la preferencia de los grandes empleadores nacionales por el trabajo de los hombres.

Paseando por el pequeño centro de Sidi Bouzid, incluso en una mañana de un día laborable, inevitablemente nos encontramos con cafés llenos de jóvenes jugando a las cartas, las calles están llenas de mesas sin que quede un solo sitio libre. Aunque los jóvenes que se sientan en ellas a menudo muestran sonrisas superficiales, sus ojos rebosan de una melancólica tristeza. Muchos de estos hombres una vez tuvieron un futuro prometedor, algunos tienen títulos universitarios y años atrás se imaginaron a sí mismos en carreras profesionales de éxito para cuando llegaran al momento actual. Ahora, su único consuelo es su capacidad para referirse a sí mismos como abogados o ingenieros; a pesar de no haber trabajado nunca en esos campos, los títulos formales que muestran sus inútiles certificados les otorgan por lo menos una brizna de dignidad<sup>60</sup>.

Este estrato social es difícil de clasificar en términos teóricos. Carrie Wickman ha denominado a estos individuos en Egipto como la *lumpen intelligentsia*, una «infraclasse formada por profesionales» con «graduados incapaces de encontrar empleo permanente», «no tanto desempleados como personas obligadas a aceptar trabajos que consideran por debajo de la dignidad de alguien con una titulación universitaria»<sup>61</sup>. Aunque los levantamientos de 2011 tenían raíces en anteriores protestas laborales, este nuevo estrato estuvo presente en toda la región desde las protestas iniciales<sup>62</sup>.

Afortunadamente, debido a preguntas añadidas a la encuesta del Barómetro Árabe 2011 en Túnez y Egipto, existen datos que detallan algunos de los aspectos del malestar en estos dos casos. En ambos países, los participantes en la protesta tendían a ser mayoritariamente hombres, con niveles de ingresos y educativos por encima de la media. Alrededor del 46 por 100 de los manifestantes entrevistados en Egipto, por ejemplo, tenían por lo menos alguna formación universitaria, comparado con el 19 por 100 de la población en general. El desempleo no era un elemento que favorecía la protesta, tampoco la juventud, pero los manifestantes tenían perfiles profesionales y cualificados desproporcionados en comparación con el resto de la población. Las encuestas encontraron que en Túnez hubo más trabajadores no cualificados entre los manifestantes que en Egipto, pero en ambos casos hubo una participación desproporcionadamente grande de empleados públicos. Las mujeres que participaron tendían a estar activas en los mercados de

---

<sup>60</sup> Michael Marcusa, «Potholes in the Road to Revolution», *Middle East Report*, vol. 272, otoño de 2014, pp. 18-19.

<sup>61</sup> C. Wickham, *Mobilizing Islam*, cit., p. 54.

<sup>62</sup> Véase la contribución del malestar laboral en la larga cola izquierda de la curva de la protesta en Joel Beinin, *Workers and Thieves: Labour Movements and Popular Uprisings in Tunisia and Egypt*, Stanford (CA), 2015.

trabajo. Cuanto más jóvenes eran los manifestantes, más probable era que él o ella identificaran los agravios económicos o la corrupción como el motivo clave de su participación en vez de las libertades civiles y políticas<sup>63</sup>. La instantánea que proporcionan las encuestas no puede recoger cuestiones de periodización y de proceso en los levantamientos de los dos países, pero da cierto peso al papel de la *lumpen intelligentsia* en comparación con el proletariado formal o el subproletariado informal. Tampoco sorprende que estos individuos pertenecientes a los estratos medios estén sobrerrepresentados entre los islamistas políticos nacionales y transnacionales de varias tendencias<sup>64</sup>. Parte de su enérgica actividad se dirige a establecer centros de beneficencia, clínicas y escuelas de carácter no estatal. Los Estados árabes normalmente prefieren que semejante energía se vuelque en la asistencia social antes que en la política. El crecimiento en tamaño y alcance relativo del sector religioso-asistencial en los Estados árabes de Oriente Próximo y el Norte de África encajó con el auge de un discurso neoliberal sobre la «buena gobernanza» y el «capital humano». Por un lado, esto tendía a añadir legitimidad a determinados partidos islamistas que, sin haber estado nunca en el gobierno, no obstante se beneficiaban de la reputación favorable asociada con el saber hacer tecnocrático<sup>65</sup>. Por otro, el aburguesamiento del islam político no cerró las divisiones existentes entre las elites políticas y económicas de los Estados árabes. De hecho, habida cuenta de la rápida expansión de una intelectualidad devota aunque subordinada en muchos países, la competencia y polarización entre las élites era algo previsible.

Como una concesión a los estratos más pobres, muchos Estados árabes de la región no liberalizaron por completo sus subvenciones a los artículos de primera necesidad y al combustible. La tendencia en auge, en consonancia con otras regiones, ha sido reemplazar segmentos del sistema de subsidios por nuevos programas «específicos» contra la pobreza. A diferencia de América Latina, estos programas son relativamente nuevos,

---

<sup>63</sup> Mark Beissinger, Amaney Jamal y Kevin Mazur, «Explaining Divergent Revolutionary Coalitions: Regime Strategies and the Structuring of Participation in the Tunisian and Egyptian Revolutions», *Comparative Politics*, vol. 48, núm. 1, octubre de 2015.

<sup>64</sup> Véase Diego Gambetta y Steffen Hertog, «Why Are There So Many Engineers Among Islamic Radicals?», *European Journal of Sociology*, vol. 50, núm. 2, agosto de 2009.

<sup>65</sup> Melani Cammett y Pauline Jones Luong, «Is There an Islamist Political Advantage?», *Annual Review of Political Science*, vol. 17, 2014. Véase también Mona Atia, *Building a House in Heaven: Pious Neoliberalism and Islamic Charity in Egypt*, Minneapolis (MN), 2013.

de alcance reducido y desconectados de la movilización partidista. Junto al recorte del gasto en vivienda e infraestructura públicas, la erosión del pacto social previamente establecido ha contribuido a la informalización y precarización de la mano de obra doméstica, incluyendo el trabajo encubierto de la mujer.

Sin embargo, si hay un factor primordial que determine la trayectoria de los Estados del Oriente Próximo y el Norte de África no es tanto el neoliberalismo como el militarismo. Mientras que en 1948 y años posteriores hubo guerras esporádicas en la región, a partir de la década de 1970 ha habido una larga guerra en cascada con múltiples ramificaciones. Se pueden distinguir por lo menos tres variedades. En primer lugar, los proyectos expansionistas llevados a cabo bajo la protección de Estados Unidos: Israel en Palestina, Líbano, Siria y el Sinaí; Iraq en Irán; Arabia Saudí en Yemen; el expansionismo suave de Irán en Afganistán e Iraq. En segundo, los proyectos expansionistas nacionales que no cuentan con la protección de Estados Unidos: Iraq en Kuwait y todo lo que ello supuso. Por último, los conflictos dotados de una dinámica de guerra popular en los que el descontento social se ha combinado con la ira nacional: las intifadas palestinas, la oposición en Yemen, Hezbollah, el PKK, las milicias suníes en Iraq, que a menudo se enredan en luchas internas y alianzas externas temporales. La excepción de Túnez sobresale entre los demás países: un ejército reluciente a ejercer el poder y un partido islamista, Ennahda, dispuesto a cederlo. Este estado semi-permanente de guerra y la intervención cada vez más directa de fuerzas encabezadas por Estados Unidos establece a partir de 2011 el escenario para una serie de contrarrevoluciones para contener –o, como en Libia y Siria, militarizar– la oleada de levantamientos masivos.

La otra consecuencia de esta guerra en cascada fue empujar el liderazgo político y económico de los Estados de la región hacia las monarquías del Golfo. El modelo del Golfo intentaba crear un capitalismo sin costes, codificado: ciudadanía social para las minorías familiares de la elite, importación de las clases profesionales y trabajadoras y seguridad territorial subcontratada a la superpotencia estadounidense. Ensalzado por los aduladores y presentado como el anverso del desarrollo dirigido por el Estado, el modelo está bajo presión en los tres frentes. Los jóvenes árabes del Golfo se están cansando de estar enclaustrados y mimados sin trayectorias profesionales, conduciendo a las monarquías a perseguir una tibia política de «nacionalización» de la mano de obra, con el

correspondiente crecimiento de los costes. La prolongada circulación por todo el Golfo de mano de obra del Sur de Asia y Norte de África ha construido comunidades locales con sus propios recursos de solidaridad social. La resistencia oculta todavía es la norma, pero los costes de contener el malestar laboral están creciendo. El paraguas de protección de Estados Unidos, como se quejan ahora los monárquicos, se está pareciendo más a una exacción pagada a cambio de protección. Pero si las familias reales del Golfo tuvieran que protegerse a sí mismas, también tendrían que entrar en un equilibrio de poder más habitual en la región, donde Irán, Turquía y otros posibles competidores podrían reclamar un veto al margen de los deseos estadounidenses o israelíes. En cualquier caso, esto ya se ha producido en cierta medida haciendo que el modelo del Golfo sea cada vez más precario.

Al igual que las revoluciones de 1848, los levantamientos de 2011 trajeron a continuación una violenta oleada reaccionaria. ¿Por qué formas de régimen tiránico, sean monarquías o repúblicas, mantienen esa férrea tenaza sobre esta región, cuando en otras partes el modelo dictatorial ha quedado mayormente relegado al trastero? Si los Estados modernizadores se habían consolidado inicialmente frente a la oligarquía terrateniente, se endurecieron más a medida que el pacto social corporativista empezó a sufrir presiones en las décadas de 1980 y 1990 con el explosivo crecimiento de poblaciones urbanas no asimilables y el largo declive de la inversión productiva. Pero el hecho que sobredetermina este proceso es la designación de las áreas centrales de la región como la principal zona de guerra del mundo. La escala de los conflictos en ella ha aumentado desde 1990, cuando la desaparición de la URSS como fuerza compensatoria levantó las restricciones sobre el despliegue estadounidense de medidas militares como continuación de la política por otros medios, con el objetivo de mantener sus prerrogativas sobre las mayores reservas de petróleo del mundo y proteger a Israel. El resultado ha sido no solo alimentar la oposición, en forma de islam político, sino fortalecer a las elites que se muestran amistosas con Estados Unidos con miles de millones en ayuda militar. Allí donde los partidos de los Hermanos Musulmanes tuvieron la oportunidad de proporcionar una alternativa similar a la de Erdoğan, como en Egipto y Túnez, demostraron ser demasiado provincianos o débiles para aprovechar la ocasión. Solamente en Irán ha tenido éxito Washington en conseguir un acuerdo político con apoyo popular-democrático. Por toda la región, la respuesta occidental sigue siendo tan desigual como siempre: la guerra aérea total patrocinada

por la ONU sobre Gadafi; los ojos cerrados ante la represión saudí y de los emiratos en Bahréin; el respaldo al bloqueo y bombardeo saudí de Yemen; la orquestación encubierta del flujo de armas financiado por el Golfo contra Assad en Siria, todo ello combinado con la esporádica devastación aérea de los bastiones del ISIS y la renovada microgestión en Iraq.

Si el atrincheramiento autoritario fuera la única consecuencia, la situación sería menos grave. En la década y media transcurrida desde la invasión estadounidense de Iraq, segmentos del orden político de la región de Oriente Próximo y el Norte de África de la posguerra han regresado hacia la política de notables, hacia las formaciones sociales locales y los flujos transnacionales de panfletos, obreros y revolucionarios. En la anterior iteración de principios del siglo XX, hicieron falta oleadas de movilizaciones antielitistas y anticoloniales, así como proyectos radicales de construcción del Estado, para producir un orden a partir del caos. Sin embargo, por el momento las oportunidades de una repetición parecen bastante escasas. En vez de ello, como sucedió en Afganistán durante las décadas de 1980 y 1990, los sistemas políticos coherentes y elaborados en el Magreb y el Levante están siendo pulverizados y puestos en manos de un reducido conjunto de jefes locales. Las reservas de mano de obra que se habían acumulado durante la contracción del Estado –tanto proletarios sin cualificaciones como profesionales cualificados– forman ahora el contingente de los migrantes desarraigados sentados en las zonas destrozadas del viejo orden geopolítico. Como se informa en la *London Review of Books*: «Las técnicas de movilización utilizadas en la primavera árabe, que concentraron a miles de manifestantes en determinados lugares, se están utilizando ahora para organizar las nuevas oleadas de migración»<sup>66</sup>. Los aumentos de los logros en salud y educación producidos por los pactos sociales de posguerra están siendo revertidos para una generación. Queda por ver si las potencias regionales más importantes pueden impedir su propia implicación en estas dinámicas. Más probablemente, como los saudíes en Yemen o los iraníes y turcos en Siria, los poderes que se mantengan equiparán equivocadamente ofensivas de largo alcance con la renovada estabilidad en sus propios e inestables ordenamientos domésticos.

Si alguna forma de paz «fría» llega a la región después de un nuevo reasentamiento de la población, las nuevas cuestiones sociales para Oriente

---

<sup>66</sup> Ghaith Abdul-Ahad, «Some Tips for the Long-Distance Traveller», *LRB*, 8 de octubre de 2015.

Próximo y el Norte de África podrían girar alrededor de los centros de poder del Estado y la acumulación de capital, sus explotadas periferias de inclusión y sus restos excluidos. Las esferas de influencia competitivas no son necesariamente un obstáculo para el desarrollo, si se establece un orden y se desarrollan nuevos marcos de referencia. Sin embargo, incluso si mejoraran las condiciones geopolíticas, la estabilidad exigiría que los Estados instituyesen pactos sociales y políticos que no solo incorporen a amplios segmentos de la población, sino que también remodelen sus oportunidades de vida. No obstante es poco probable que la emulación de los modelos de desarrollo actuales vaya a crear un pacto sólido para los Estados de la región. Los procesos de urbanización y de reducción del campesinado, que fueron los corolarios de la formación de los Estados de Oriente Próximo y el Norte de África, implicaron la desaparición de las reservas rurales de mano de obra semiproletaria, que alimentaron el rápido crecimiento de los mercados de Asia oriental y atrajeron al capital occidental. La subvención rural de la reproducción social no puede recrearse. Como ha señalado Faruk Tabak, el acceso a la mano de obra de las economías de plantación atrajo los flujos de capital occidental a finales del siglo XIX, mientras que el acceso a las redes rurales de trabajo semiproletario en Asia oriental posibilitó las actividades industriales en las que invirtió el capital global a finales del siglo XX. El Imperio otomano carecía de la primera y actualmente Oriente Próximo carece de la segunda<sup>67</sup>. Su reconstrucción está más allá de los horizontes actuales.

---

<sup>67</sup> F. Tabak, «The Middle East in the Long Twentieth Century», cit., p. 165.